

Antinomias en la crisis del socialismo¹.

Pablo Guadarrama González.

A la hora de valorar las dimensiones de cualquier fenómeno social se hace necesario determinar en primer lugar las magnitudes objetivas del mismo. Y, para alcanzar ese fin, la ciencia ha desarrollado innumerables posibilidades de medición que, no obstante sus grados de relatividad contienen elementos que reciben el consenso general.

Aun así, el factor subjetivo inexorablemente deja huella en el proceso de valoración de tales dimensiones, el perspectivismo ha sido una premisa permanente que ha condicionado no solo los enjuiciamientos políticos, sino también las grandes conceptualizaciones filosóficas. Ocasiones pretenden sostenerse en las conclusiones que se elabora da inmediata a partir de reflexiones sobre circunstancias específicas atienden por momentos las regularidades y tendencias generales del desarrollo social.

El hombre —al menos el que ha conocido la historia hasta el momento— no ha podido situarse desde que comenzó el proceso de estratificación por encima de los condicionamientos ideológicos que permear siempre; un modo u otro el análisis de los acontecimientos históricos. A perideologización ha sido uno de los vicios que en mayor medida obstaculizado una mejor comprensión de dichos sucesos.

En una época como la presente, en que se quiere dar muerte a las ideologías, la política, la modernidad y a la historia misma parece que todas ellas se ponen de común acuerdo para posponer indefinidamente su desaparición, a tenor con el enriquecimiento que se produce en la sociedad civil y el creciente nivel de internacionalización de las comunicaciones culturales

Si bien los medios de manipulación de las conciencias, forjados básicamente en los países capitalistas desarrollados y reproducidos por las oligarquías satélites, se esfuerzan por estimular la indiferencia política entre amplios sectores de la población, la resultante real de los evidentes fenómenos de crisis económica y política que se observan en la triunfante sociedad burguesa, es la creciente politización de los sectores sociales más afectados.

Los esfuerzos de las transnacionales de la desinformación por cultivar consumidores de ideas y noticias agradables a la percepción de un público fabricado encuentran series

¹ Boletín del Seminario Internacional “*Socialismo. Utopía, realidad y vigencia.*” Bogotá, 1991; Universidad Autónoma de Nuevo León. México. 1992. *Presencia Universitaria*. Universidad Nacional Autónoma de Honduras. Tegucigalpa. n. 129. 1992. p. 6-16; Editora Política. La Habana. 1993; *Gaceta Universitaria*. UAEM Toluca. México n.5-6. dic. enero 1993. p. XX-XXX; *Islas*. Universidad Central de Las Villas. Santa Clara. no. 101. Enero-abril 1992. p. 5-19; *América Latina, marxismo y postmodernidad*. Universidad INCCA de Colombia. Bogotá. 1994 pp. 168-187; *Humanismo, marxismo y postmodernidad*. Editorial Ciencias Sociales. La Habana. 1998; <http://biblioteca.filosofia.cu/php/export.php?format=htm&id=1373&view=1>

obstáculos receptivos entre las filas de la clase media que se pauperiza de manera incontable junto a los tradicionalmente proletarizados.

Mientras tanto, las minorías beneficiadas por el desigual orden económico internacional aparentan cierta despreocupación por la política en su afán de demostrar tranquilidad ante el "nuevo" *status* que se supone alcanzar con el derrumbe del campo socialista; la verdad es que tras bambalinas se mueve la constante inquietud que embarga a quienes comprenden que la humanidad no puede avanzar sin un humanismo efectivo y una democracia concreta.

Los procesos de democratización que se han operado a nivel mundial tanto en el mundo socialista como en el latinoamericano, han incidido de manera directa en la imagen y en las expectativas que se tienen del ideal socialista. Lo cierto es que si se aspira a una adecuada prospección axiológica de ese proyecto de emancipación humana que constituye el socialismo habrá que someterlo constantemente a la crítica dialéctica mas descarnada, conscientes que es la única forma de fortalecerlo.

Para efectuar dicho análisis no es posible pensar que todos los argumentos en favor o en contra del ideal socialista se realizan desde similares o coincidentes perspectivas; pero a la vez resultaría totalmente impropio suponer que tales condicionamientos ideológicos cercenan los elementos de objetividad que se desprenden de las críticas que se realizan. Por supuesto que tampoco puede inferirse que la verdad resultara de la simple sumatoria o la influencia ecléctica de tesis absolutamente excluyentes.

La marcha del conocimiento humano siempre le ha prestado esmerada atención a aquellas ideas que contienen un mínimo de racionalidad, a menos que las pretendidas incursiones en la postmodernidad exijan también renunciar a ese fundamento inalienable de la condición humana: la razón.

Tal vez una de las mejores muestras de la marcha ascendente de la racionalidad la ofreció Kant con sus formulaciones antinómicas. Una de las principales raíces de la síntesis dialéctica del proceso de conocimiento humano se encuentra en la obra del pensador alemán. Sin embargo, no es común que se utilicen algunas de sus vías epistemológicas para incursionar en nuevos objetivos de reflexión que demandan repropriadarse constantemente de la revolución copernicana que este produjo en el pensamiento humano. En este caso se tratara de pensar en los problemas de la crisis del socialismo, de su realidad, vigencia y Utopía, apropiándonos del modo de planteamiento de los problemas del autor de la *Crítica de la razón pura*, quien a la vez sugirió encontrar soluciones a tales paradojas en la esfera de la razón práctica. Tal punto de llegada, al convertirse en punto de partida en la epistemología marxista, hizo posible que el planteamiento de los nuevos problemas que demandaba el ideal socialista transitara paulatinamente de la Utopía abstracta a la Utopía concreta.

La presente reflexión está orientada a contribuir al proceso de ruptura de las inercias observadas en algunos sectores de la intelectualidad de la izquierda durante los años de estancamiento y que atentó contra la exigida frescura que impone como condición un ideal como el del socialismo, que siempre demandara ser abonado con nuevos y viejos nutrientes extraídos de la herencia filosófica universal —léase también latinoamericana— para su permanente reverdecimiento y fructificación.

Una de las tesis que mayor circulación ha tenido al respecto consiste en asegurar que existe una crisis total de credibilidad en el socialismo al considerársele un proyecto social fracasado que incide directamente en el descrédito de la cientificidad de la teoría marxista.

a. Los fundamentos de esta idea hay que buscarlos en la propia imagen que de sí han ofrecido los autoproclamados países socialistas sobre sus respectivos niveles de desarrollo económico, social, cultural, etc. Las barreras entre la realidad y el "deber ser" eran frecuentemente violadas y la falta de objetividad, unida al débil espíritu autocrítico, ofrecían un socialismo color de rosa que defraudaba a aquellos que hurgaban con profundidad en las reales contradicciones de estos países. El grado de diferencia entre el nivel realmente alcanzado en la superación de las principales contradicciones con relación a la sociedad capitalista y la información oficial que se manejaba produjo una peligrosa complacencia en la elite dirigente, distanciada de los canales comunicativos directos con el pueblo.

En ese caso se podría llegar a pensar que, como la realidad se distanciaba mucho de lo que la teoría sobre el socialismo científico sostenía, no habría otra alternativa, ante la fuerza de los hechos, que desechar la fundamentación teórica.

La crisis de credibilidad afectó no solo a los propios pueblos que se empeñaban en la difícil tarea de construir el socialismo y, por tal motivo decidieron ensayar nuevas alternativas, sin que ello, según su criterio, significara necesariamente el riesgo de sufrir los embates de un capitalismo periférico. Ahí comenzó a germinar la Utopía revertida. Esa afectación de la confianza se irradia a otras latitudes, alimentada además por la propaganda anticomunista que jamás ha descansado en lanzar improperios y ha tomado fuerza, con razón suficiente, en algunos sectores sociales, especialmente en la intelectualidad de los países atrasados, como los latinoamericanos, donde la lucha por el ideal socialista es algo más que una Utopía, es una necesidad postergada.

Realmente la crisis de credibilidad tiene profundas raíces socioeconómicas y políticas endógenas al fosilizarse mecanismos burocráticos de gestión económica y de participación política que no se correspondían con los indiscutibles logros sociales, realmente superiores en su integridad y alcance a los que podían ofrecer los países capitalistas desarrollados, no obstante sus extraordinarias fuentes transnacionales de obtención de riquezas, que los hace parecer cuantitativamente superiores.

Otro de los fenómenos catalizadores de los procesos de desafección que se observó durante muchos años en los países de Europa Oriental y que puede hacerse extensivo a muchas nacionalidades no rusas de la Unión Soviética es de profundo carácter espiritual. El no haber resultado la opción por el socialismo de un proceso revolucionario autóctono, a lo que se suma la imposición de formas autoritarias de poder que tuvieron en el stalinismo su máxima expresión, esto es, la falta de democracia efectiva, estimularon en el mejor de los casos la peligrosa indiferencia política, cuando no la insubordinación aplastada que en el presente aflora virulentamente con reacciones al borde de la irracionalidad.

La falta de eficiencia económica y de agilidad productiva que pusiera a estos países en la puntera de la fiera competencia tecnológica y económica a partir de presupuestos humanistas y de justicia social infinitamente superiores a los que prevalecen en el

capitalismo, han llevado a justificar en la actualidad la política del látigo y la zanahoria como la manera exclusiva que debe regir las relaciones productivas del pecaminoso y maldecido hombre. Todos estos argumentos parecen confabularse para conducir a la triste conclusión de que no hay definitivamente nada que hacer en este mundo que no sea adaptarse a las circunstancias y acoger con beneplácito individual, lo que más se pueda de las "bondades" del capitalismo victorioso y echar al basurero de la historia las ideas de los clásicos del socialismo pretendidamente científico y sus acólitos.

b. Contrario *sensu* se ha sostenido la idea de que la crisis de credibilidad ha sido inducida por la imagen que siempre han dado los medios de propaganda imperialista de los países socialistas, encargados de exagerar las situaciones y contradicciones reales existentes en aquellos. En tal sentido, los móviles de los móviles se sitúan en la contradicción a nivel exógeno entre el capitalismo y el socialismo, en la que este último presionado por su supervivencia y no contando con las fuentes de retro-alimentación en el mundo subdesarrollado que siempre ha poseído el militarismo de las potencias imperialistas, se vio asfixiado y finalmente derrotado tanto en la competencia bélica como en la socioeconómica en general.

Indudablemente que un acertado análisis científico de las complejidades que pueden explicar las causas de la derrota del socialismo no puede ignorar estos factores, pero absolutizarlos puede resultar tan nefasto como lo contrario. Bien podría pensarse que el divorcio entre las estadísticas que se manejaban oficialmente y la situación socioeconómica real obedecía a razones de exclusiva estrategia militar, que obligaban a presentar una fachada hiperbolizada del poderío del campo socialista y del apoyo que gozaba en la población como factor defensivo definitorio. Pero lo peor de todo parece producirse cuando la dirigencia de estos países no tomó plena conciencia de la situación ideológica real, o por lo menos, no ensayó nuevos mecanismos que prepararan mejor a sus respectivos pueblos en el plano de la acción política y educativa para una lucha en la que el factor moral, kantianamente, podría desempeñar un papel decisivo.

Aun cuando se hizo lo posible en muchos casos para acomodar la realidad a la teoría del socialismo científico en cuanto a una serie de presupuestos generales como el control sobre los medios fundamentales de producción, la dictadura del proletariado, el papel de vanguardia del partido, etc.; se pasaron por alto algunos principios básicos y consustanciales de la teoría marxista-leninista de la sociedad, entre los que sobresalen el humanismo concreto y las potencialidades del factor subjetivo.

El hecho de intentar construir la nueva sociedad básicamente con las armas melladas del capitalismo como planteaba el Che, quien desde muy temprano en su vida apreció esas insuficiencias en los países del socialismo; la subestimación de la urgencia con que una sociedad nueva necesitaba de un hombre nuevo formado en valores diferentes a los de la anterior sociedad, indica, en cierto modo, que no siempre se profundizó en la teoría marxista de la enajenación y sobre todo, no se desarrolló posteriormente en correspondencia con las transformaciones que se van produciendo en la sociedad capitalista desde Marx hasta la fecha.

El arraigado humanismo de Marx que se plasmó desde su tesis doctoral a buscar en Epicuro las primeras fuentes para realizar el espíritu prometeico que lo embargaba y liberar al hombre de los múltiples factores enajenante que lo subhumanizaban, quedó

enquistado en las resguardadas obras tempranas o camuflado en las de madurez y solo reivindicado por "disidentes" representantes del mal llamado "marxismo occidental".

El producto principal de aquella revolución copernicana —el rescate de la subjetividad— fue reducido a su función cognoscitiva y no se desmadejar: los múltiples cordones espirituales que en mayor medida reclamara siempre el hombre, una vez que tomo conciencia de que no solo de pan vive y que en ocasiones es preciso sacrificarlo, incluso para vivir con dignidad.

El cultivo de la conciencia histórica, de la responsabilidad generacional, de la herencia cultural nacional y el enriquecimiento de la vida espiritual, aun cuando ha tenido expresiones significativas en algunas esferas como los empeños por consolidar el patriotismo socialista, puesto a prueba plenamente en la II Guerra Mundial o en la vida deportiva, folclórica, etc., no siempre se ha correspondido en todos los países ni con todos los pianos que son exigidos por la nueva espiritualidad que debe ser construida.

En la aguda lucha ideológica que se ha llevado a cabo entre ambos sistemas no puede desconocerse la incidencia que tuvo en la cristalización de la crisis de credibilidad la influencia de la imagen importada no solamente por los medios de comunicación masiva, sino por múltiples visitantes, turistas, familiares, etc., muchas veces empeñados por ofrecer como contrapartida una imagen de color rosa, en este caso, del capitalismo. Las posibilidades económicas relativamente holgadas de ciertos sectores de la clase media unidas a la seductora vida burguesa en la que el consume se convierte en sentido de la vida, opacan en la mayoría de los casos la constatación de la miseria edulcorada que ofrecen los países capitalistas desarrollados a amplios sectores proletarizados y marginados.

La unidireccionalidad de estas influencias de occidente hacia el este, dada la imposibilidad de los habitantes que Vivian detrás de la llamada cortina de hierro, por razones económicas, políticas, etc., justificadas o no, de verificar empíricamente la situación real de las sociedades vecinas, pero "distantes", junto a la imposibilidad de presuponer que un viraje hacia el capitalismo no los ubicaría de hecho en la situación de los países centrales sino en los periféricos. Todo esto, ha desempeñado indiscutiblemente su papel en el proceso de formación de falsos paradigmas en la población de los países socialista.

De todo lo anterior se infiere que la opción por el socialismo no tiene que ser solamente una elección histórica de un pueblo como un proceso de concientización, sino también el resultado de una elección individual, libre y consciente en la que el hombre de carne y hueso, y no el de las estadísticas, decida su definitiva condición de vida. Tal decisión tiene que ser el producto de una reflexión madura y con suficientes elementos de valoración que no solo se adquieren por la enseñanza sistematizada, sino por múltiples vías de formación cultural, de enriquecimiento de la conciencia política, que no puede ser tarea exclusiva de la labor partidista sino de múltiples organizaciones e instituciones sociales en las que la familia ocupa un lugar central.

Sin embargo, la hiperideologización de algunas manifestaciones de la vida espiritual en los países socialistas se convirtió en un peligroso bumerán. La formación de esa nueva mentalidad, de un diferente estilo y sentido de la vida que el socialismo debe fomentar en las nuevas generaciones no se llevo a cabo. La justa dimensión, esto es, la precisión

de los límites de lo político ha sido una condición esencial para que el hombre se conduzca y se realice mas allá de la definición aristotélica de que el hombre es un animal político.

Por último, pero sobre todo en última instancia, el socialismo tiene ante sí el reto de resolver la contradicción fundamental con el capitalismo entre la justicia social y la eficiencia ganando la batalla en esta última esfera, porque en la primera hasta muchos de sus desafectos reconocen su superioridad, no simplemente con la ayuda de la ciencia y la tecnología, sino con la formación de nuevos móviles humanos no ensayados jamás por las sociedades anteriores. Si se parte de aceptar que el hombre no es solo un resultado sino un proceso y un proyecto, habrá que coincidir con la tesis de que las progresivas etapas por las que ha discurrido la sociedad humana, jamás el hombre limitó el empleo de las nuevas formas productivas y de distribución de la riqueza social a las exclusivamente comprobadas. La eterna insatisfacción del hombre y los requerimientos para humanizar cada vez más la sociedad le han obligado a emprender estos arriesgados pasos.

Aquellos que consideran que el fracaso de los intentos realizados hasta el momento constituye el descredito total de la teoría marxista y del ideario socialista, ignoran que la historia siempre ensaya sus proyectos infinitas veces antes de que estos lleguen a su nivel de consolidación, como ha sucedido evidentemente con las formaciones económico-sociales pre socialistas, que junto a la estabilidad, han expresado siempre las posibilidades y la necesidad de su perfeccionamiento. La teoría busca sus replanteos y acomodos con la realidad, pero para replantearla y reacomodarla mediante la subjetividad desplegada en una praxis vital desconocedora de la muerte.

II. Otra de las tesis que circulan consiste en considerar que solamente: entrado en crisis un modelo determinado de socialismo pero no el socialismo en su totalidad como alternativa que sigue siendo válida tanto por sus aspiraciones como por la fundamentación y cientificidad de la teoría que le sir de base.

a. Si se parte del criterio de que no necesariamente hay modelos de desarrollo social que pueden ser seguidos o no por otros pueblos en sus respectivas marchas por la historia, es posible aceptar la lógica de argumentación. Sin embargo, la historia misma se ha resistido desde antigüedad hasta nuestros días a la exportación e importación de los dichos modelos. Del mismo modo que resultó absolutamente imposible trasladar el "modelo" esclavista asiático al mundo grecolatino —el pro Marx fue exquisita en su diferenciación— o ese último al Nuevo que, conquistado por los europeos, disponía ya de viejas formas, tampoco fue posible implantar el modelo capitalista inglés a Norteamérica y mucho menos el de Estados Unidos a América Latina, porque precisamente esta ha sido condición de su "modelo" de desarrollo. Luego a las oligarquías latinoamericanas, ante la imposibilidad de imponer su modelo sobre el helado polo sur, no le queda más alternativa que revertir la explotación sobre sus respectivos pueblos y tratar de obtener alguna tajada de la extorsión transnacional que van sufriendo nuestras economías.

Algo similar ocurre con los llamados modelos del socialismo. Por mucho que algunos se afanan en tratar de importar el llamado modelo sueco de socialismo como ideal supremo

y realización de todas las Utopías ni ha sido posible ni todos coinciden en considerar que ese sea el socialismo anhelado.

La peor experiencia se produjo a partir del momento en que los países de Europa Oriental intentaron reeditar el consabido modelo soviético, que también fue canonizado como el non plus ultra del ideal socialista. El innegable merito histórico de ese pueblo, es haber sido el pionero en los intentos por iniciar la verdadera emancipación humana que propugna el socialismo, no debió en ningún momento haber significado que se le otorgase exclusiva prioridad en la escala de valores en cuanto a los rumbos que debían seguir otros países, como fue común en la táctica y estrategia de partidos comunistas de muchas latitudes.

Los últimos acontecimientos de Europa del Este han demostrado que la decisión de emprender la construcción socialista no puede ser forzada por el empuje de tanques y bayonetas y mucho menos por la imposición de estereotipos mentales o modelos que responden a condiciones de idiosincrasia muy diferentes de los pueblos.

La importancia del socialismo no solo se produjo en Europa Oriental sino en cierta medida en el seno del heterogeneo complejo y amplio imperio zarista. La Revolución de Octubre se inicio en la región más desarrollada de la Rusia donde podía iniciarse y, tras un fatigoso bregar de una guerra civil y la ocupación de las potencias imperialistas que trataron de asfixiarla, se fue ex-tendiendo a pueblos con niveles extraordinariamente inferiores de desarrollo socioeconómico y con tradiciones culturales muy diversas. Pueblos que muchas veces vieron a los soldados rusos con los mismos ojos que varios años después los verían lituanos, polacos, checos o germano orientales.

La aceptación acrítica de los pretendidos modelos de socialismo en lugar de estimular la creatividad en la brísquela de caminos propios originales y auténticos para darse a la tarea de superar las inhumanas condiciones de vida engendradas por el capitalismo, la limitaba. Una opinión muy diferente se desprendería del hecho reconocido de que el hombre no puede prescindir de los modelos en el constante proceso de aprehensión de la realidad para lograr su transformación. Lo mismo en el piano de la conciencia teórica, la elaboración de modelos seguirá siendo una constante en la marcha de la creación humana.

En el caso que nos ocupa no puede ignorarse que los hombres progresistas de todos los tiempos han tornado de otras realidades sociales más avanzadas los modelos necesarios para impulsar los movimientos sociales que han dirigido. Así las guerras de independencia latinoamericanas se inspiraron en el ejemplo de la Revolución Francesa y en la independencia de las trece colonias inglesas para continuar sus proyectos emancipatorios. Nada tiene de extraño que la Revolución de Octubre, la china, la cubana o la nicaragüense hayan inspirado en el presente siglo a tantos movimientos de izquierda que han visto en ellas reflejadas las posibilidades de realizar sus aspiraciones.

Indiscutiblemente si no se hubiese contado con esos ejemplos, se hubiese hecho mucho más difícil el combate ideológico dirigido a apuntalar la confianza de amplios sectores populares tan hostigados siempre por el escepticismo social que regenera constantemente la sociedad burguesa.

Es cierto que los modelos son irrepetibles, pero, al igual que las Utopías, no se puede prescindir de ellos, constituyen idealizaciones necesarias también al proceso de la lucha por acabar con los modelos infrahumanos.

Razones suficientes existen para pensar que la culpa de lo acaecido en el socialismo contemporáneo no radica en la invalidez de la teoría misma, sino en los desaciertos de quienes se han encargado de ponerla en práctica. Pero, es que la particularidad de esta concepción revolucionaria del mundo, que tiene su fundamento en una visión dialectico-materialista del mundo, radica precisamente en su dinamismo por naturaleza hostil a todo tipo de dogmatismo. La docta ignorancia fue un pilar epistemológico del pensamiento de Marx que en ocasiones se subestima o se ignora. Aquel que pretenda elevarse por encima de los hombros de él, actitud esta que sería muy de su agrado, porque el mismo no se consideró un marxista, tendrá, sin embargo, que recuperar constantemente el núcleo duro (Lakatos) de su metodología científica de análisis del desarrollo social.

Tan negativo para el desarrollo creador de la concepción materialista de la historia ha sido tratar de encontrar en un presumible recetario marxista-leninista la respuesta a las interrogantes que plantean los últimos acontecimientos del devenir del socialismo, como los que premeditadamente, en busca de nuevas metodologías y racionalidades de modo oportunista, prefieren acomodarse a las actuales circunstancias y acogerse al paradójico principio la renuncia a todos los principios.

Tales principios desembocan en la formación de modelos de desarrollo social que en todos los tiempos han sido abstraídos de procesos históricos reales y no necesariamente de elaboraciones fantasiosas. Muchas veces tales instrucciones no se efectuaban al calco de totalidades en su dinamismo específico, sino de componentes sustanciales que coadyuvan a la conformación A nuevo modelo social. Así como los socialistas utópicos apreciaron en las culturas precolombinas algunos fermentos protagónicos como el respeto de s normas morales en el control de la vida comunitaria para el engendro de nuevas relaciones sociales, y Marx apreció en el correo alemán un modelo de Ciencia digno de ser imitado por el socialismo, es tarea de los socialistas c hoy hurgar en las distintas esferas de la vida social contemporánea los rasgos modelables para la construcción de la nueva sociedad.

III. Una nueva visión más intelectualista del asunto en cuestión puede llevar a la conclusión de que las causas últimas de la crisis del socialismo se debieron al insuficiente desarrollo de la teoría, especialmente en lo referido a explicar las transformaciones que se han producido en el capitalismo contemporáneo y, a la vez, por no haber precedido y sugerido las transformaciones que debían emprenderse en el "socialismo real" para que realmente fuera socialismo.

a. Tales críticas se sostienen en el hecho de las "insuficiencias" del marxismo originario respecto a la teoría del Estado, la sociedad civil, la democracia, etc., o en la incapacidad de comprender los mecanismos recuperadores de las crisis económicas del capitalismo y los nuevos procesos como la estanflación, etc., que exigían una explicación científica.

Estos argumentos podrían encontrar fundamento si se parte de la premisa le que la teoría del socialismo científico y la comprensión materialista del mundo, y en especial

de la historia, se circunscriben a lo expresado por la sagrada trilogía de Marx, Engels y Lenin, del mismo modo simplificador que cuando se pretende hurgar en las fuentes teóricas se circunscriben a otra limitada trilogía o cuando se aspira a explicar las complejidades del devenir universal se intenta resolverlo con alguna de las tres partes integrantes o alguna de las tres leyes fundamentales de la dialéctica.

Pero dado que esta liturgia trinitaria puede conducir a otras formas de religiosidad se hace imprescindible concebir la teoría científica del desarrollo social, cuyo fundamento es la comprensión dialectico-materialista del mundo —llámesele marxista-leninista o no— como un sistema abierto y un método urgido de los enriquecimientos que un Plejanov o una Rosa de Luxemburgo, un Trotski o un Gramsci, un Lucaks o un Althusser, un Iliencko o un Kosik, un Mariátegui o un Che Guevara, le han prodigado.

Solo si se concibe el proceso de desarrollo de la teoría con esa perspectiva que no implica ninguna modalidad de eclecticismo sino delimitación reconocida de los aportes y críticas de cada uno de ellos, se aprecia su superación en diferentes pianos.

El hecho de que los clásicos principales no hayan dedicado esmerada atención a la teoría de la construcción del socialismo y solo Lenin haya tenido la oportunidad preliminar para reflexionar sobre un objeto real, que eran los primeros pasos de la sociedad soviética, a diferencia de Marx y Engels que solo tuvieron la oportunidad de otear la fugaz Comuna de Paris, ha hecho cuestionar a muchos la cientificidad posible de una teoría que no poseía un objeto precisado porque no existían entonces las premisas materiales del socialismo. Correspondía entonces, a los académicos y políticos a partir de la época salinista, desarrollar creadoramente la teoría en condiciones realmente muy adversas para el movimiento comunista internacional.

No cabe duda de que estos estudiosos soviéticos y de otros países socialistas aportaron ideas valiosas para el desarrollo de la teoría, pero también es notorio que los compromisos políticos y las posiciones coyunturales afectaron la plena creatividad de muchos de ellos y convirtieron al entonces denominado comunismo científico en una modalidad de ciencia-ficción.

La justificada falta de valentía política especialmente durante la época stalinista, aletargo las mentalidades aun años después y se revirtió en la insuficiencia de desarrollos teóricos que sirvieran a la dirigencia de los denominados países socialistas a tomar decisiones más acordes con la marcha objetiva de la construcción de la nueva sociedad.

Bien podría sostenerse que la teoría encontró mayores desarrollos en aquellos estudiosos e incluso personalidades políticas de izquierda en Occidente. Muchos de los defectos de la recién iniciada gigantesca empresa de subvertir el orden burgués habrá que achacárselos no al insuficiente desarrollo de la teoría, sino a no tomar en consideración los resultados de la misma, al ser considerados en ocasiones, meras elucubraciones intelectuales no comprometidas con una militancia orgánica.

A la larga la historia siempre le pasa la cuenta al empirismo político de las burocracias.

b. Las revelaciones efectuadas por la perestroika respecto al anquilosamiento de las ciencias sociales en los países socialistas durante las últimas décadas, constituyeron un relámpago en la calmada noche de la complacencia intelectual que se vivía en estos

predios. El hecho de no poder fundamentar alguna idea que no estuviera avalada por una cita de los clásicos del marxismo-leninismo o del último documento programático de los congresos partidistas, se revirtió en un estilo de pensamiento tan arraigado que ha llevado a muchos intelectuales en la actualidad a pesar de la nueva "mentalidad", a dar testimonio de genuina heterodoxia a través de las citas de Gorbachov o de las resoluciones de los eventos del PCUS.

El insuficiente desarrollo de la teoría marxista se evidenció en sus limitantes para explicar múltiples procesos de reacomodamiento económico. E. con suficiente argumentación teórica supo ensayar el capitalismo, como Keynesianismo o la escuela de Chicago, para recuperarse de sus crisis. En confrontación con el socialismo los ideólogos y tecnócratas burgueses muchas veces aprendieron más en el estudio de la sociedad socialista y tratan incluso de incorporar a su modelo ventajas de planificación y de seguridad social, que los investigadores marxistas de sus respectivas realidades socioeconómicas. La proliferación de infinidad de variantes de teorías de la emergencia entre ambos sistemas socioeconómicos, no fueron más que una muestra de la ofensiva desatada en ese plano por los teóricos del capital.

Hubo que esperar a la perestroika para que estas teorías encontraran aceptaban e incluso enconados defensores en los países socialistas.

La apologética que señoreó entre los investigadores de estos países durante muchos años respecto al idílico funcionamiento de todos los mecanismos que operaban al interior de la sociedad socialista, la falta de espíritu crítico respecto a lo que necesariamente debía ser superado y no conservado revelan que la labor teórica no se situó a la altura de las circunstancias que lo exigían mucho menos el espíritu marxista originario de apreciación del comunismo como un movimiento crítico de superación de todo lo existente. En tal sentido, la intelectualidad del mundo naciente del socialismo debe cargar parte de la responsabilidad por el temprano resquebrajamiento de algunos de estos ensayos de su recién iniciada historia.

Por supuesto que tal observación respecto al papel de la intelectualidad en lo acaecido no debe dirigirse a la exageración de un protagonismo demandado a esta capa social que milagrosamente hubiese puesto punto final al estancamiento e impulsado la aceleración del proyecto socialista, si se soslaya la significación de los errores políticos y de otro orden, y se pasa por alto esa demandada actitud esto implicaría subestimar las potencialidades que Gramsci apreció en ella y que hasta los ideólogos del partido republicano de los Estados Unidos aceptan del marxismo italiano.

IV. Una cuarta antinomia, aunque no la última respecto a la crisis del socialismo puede subsumir otras hipótesis al considerar que todo fenómeno en su desarrollo pasa necesariamente por etapas críticas, que no necesariamente implican su destrucción, aunque pueden también desencadenarla. Tales momentos presentan alternativas para la superación dialéctica del socialismo como proyecto genuino de emancipación humana y tanto este proyecto como la teoría que le sirve de base —el marxismo como concepción dialéctico-materialista y revolucionaria del mundo— no están exentos de esta regularidad.

a. No faltan argumentos para sostener que aunque se puede admitir crisis real del socialismo existe una crisis ficticia de la teoría marxista en su integridad por cuanto esta

no ha agotado sus posibilidades epistemológicas para entender el propio fenómeno de la crisis del socialismo. Tal postura también podría ser identificada con la atribuida actitud hegeliana referida a que si la realidad no coincidía con sus ideas, pues peor para la realidad.

Según este criterio, el marxismo cuenta con todo el instrumento para explicar la marcha general de la sociedad humana y también los procesos específicos como este del derrumbe del bloque socialista que se producen en diferentes épocas históricas.

Indudablemente en el núcleo duro de la teoría marxista se permite desplegar para explicar múltiples aspectos de las leyes generales de la historia humana como el esclarecimiento de los factores que intervienen en el proceso de producción de la conciencia humana, el lugar de la práctica en el conocimiento; el despliegue de las leyes objetivas que rigen las formaciones económico-sociales, en especial la dialéctica de la correlación entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción; la adecuada significación de la determinación de los elementos de carácter económico en relación con la divergente y dinámica acción de las formas de la conciencia social; el papel impulsor de la lucha de clases, conducentes a través de la evolución social hacia una sociedad que emprende la eliminación de antagonismos de clase; los mecanismos enajenantes que reproduce la sociedad capitalista con el básico objetivo de la mayor obtención de plusvalía. Estas formulaciones básicas y otras contenidas en desarrollos posteriores de la teoría contribuyen decididamente a la comprensión de numerosos procesos sociales que se desarrollan en la contemporaneidad y no solo en el mundo del socialismo.

La teoría marxista de la sociedad forma parte inexorable de la cultura de la humanidad porque ha constituido un peldaño crucial para que el hombre domine sus condiciones de existencia y pueda orientarse con mayor libertad en el "caótico mundo de las relaciones sociales". Se podrán borrar de la faz de la tierra, si se quiere los diferentes ensayos por realizar los sueños del socialismo. La historia guarda innumerables ejemplos que testifican el éxito o la victoria no es identificable con la razón, la verdad y la justicia social. ¿Que sería hoy día de la cultura humana si no hubiese contado con el milagro griego, que sucumbió ante el empuje del lacio? ¿Qué falencias tendría hoy la humanidad en todos los órdenes de la vida espiritual y material si el imperio Romano hubiese sido destrozado por los barbaros mucho antes?

¿Podríamos imaginarnos nuestras ciudades sin aquellas huellas arquitectónicas, nuestras instituciones políticas, jurídicas y educativas, nuestro arte, nuestra filosofía, nuestra ciencia y hasta nuestra religiosidad sin su influencia? Lo mismo le sucederá a las generaciones del tercer milenio que siempre miraran con gratitud a los libertadores del colonialismo, del fascismo, del apartheid, del imperialismo, pero también del stalinismo y del socialismo burocrático, en la marcha ininterrumpida hacia formas superiores de democracia y de humanismo concreto. En cada uno de esos combates desde el pasado siglo ha estado presente como filosofía de liberación y como teoría de interpretación científica de la sociedad el marxismo, por encima de los crímenes que en ocasiones se han cometido en su nombre. También Einstein sintió vergüenza con lo que hicieron con su ciencia.

b. Ninguna teoría social ha podido emanciparse por completo de sus realizaciones. Platón quiso ensayar su República y se vio precisado a escapar de la península itálica. Tanto Maquiavelo como Campanella estuvieron muy atentos al rumbo definitivo de las ciudades de la Península. Rousseau anheló verse realizado en el espíritu de los jacobinos. Fourier no desmayó en proponer de manera epistolar por doquier sus falansterios. Owen ensayó su Utopía en Norteamérica. Marx sonrió preocupado ante la Comuna de París. Lenin tembló de emoción ante el Octubre, pero supo reflexionar pausadamente sobre sus alcances mientras le sobrevivió. Hitler y Mussolini temblaron también pero de distintos modos al esfumarse su anti utopía. Stalin y Mao murieron ufanos. Bush modestamente no se sintió satisfecho de sus triunfos. Gorbachov tampoco. Violeta mucho menos. Fidel algo más. El efecto de la restaurada realidad desencanta a quienes solo piensan que esta debe aproximarse a la idea, más que a la realidad. El proyecto originario de Marx concebía la recíproca aproximación dialéctica que implica infinitas mediaciones y negaciones, es decir superaciones no solo de la teoría respecto a la realidad, sino respecto a la teoría misma.

Marx no tenía por qué temer a la crisis del marxismo, cuando el mismo la insinuó. Marx puso en crisis toda teoría sempiterna porque el arma de la crítica fue su arma principal y más usual, no porque subestimara la crítica de las armas, sino por el contrario porque la presuponía.

Lenin que, a diferencia de Marx y Engels, tuvo que hacer mayor uso de la crítica de las armas porque las circunstancias "marxistamente" se lo exigían, utilizó las formas más versátiles de la crítica, porque sabía que los momentos críticos demandaban más que nunca de la crítica. Para él la importancia de toda crisis radica en que pone al descubierto lo oculto, deja a un lado lo convencional, lo superficial y mezquino. Y, por tal motivo, puso en crisis algunas de las ideas de Marx, respecto al desarrollo del capitalismo y al proceso revolucionario mundial.

Hoy día cuando algunos aspiran a desacreditar el mal llamado leninismo y prefieren optar por el imposible empezar de nuevo, no se esgrime con suficiente lucidez la propia actitud de Lenin en relación con toda teoría revolucionaria que se plantea la transformación de un tiempo y un espacio histórico. Esa sería la mejor forma de negar a Lenin criticándolo, conociéndolo y no descalificándolo simplemente por las fotos de status decapitadas. Por suerte, las imágenes de Cristo que más van trascendiendo son las de crucifixión y no las de la bonanza de la última cena.

Considerar que solo existe una crisis en los resultados alcanzados por el ideal socialista, por la realidad del socialismo actual, pero que esto no afecta en absoluto la fundamentación teórica del proyecto es como admitir que en el derrumbe de un edificio recién construido —y así hay que medir las edades históricas de las sociedades— no incidieron para nada factores de diseño arquitectónico o ingeniería civil. Por supuesto que arquitectos e ingenieros no van a lanzar al basurero todas sus reglas de cálculo y desdeñar a partir de entonces todas las leyes constructivas, pero de seguro las revisarán cuidadosamente, comprobarán la precisión de sus instrumentos de medición. De eso es lo que se trata en los eventos en que nos reunimos actualmente para discutir críticamente sobre la teoría y la praxis del socialismo. La política del avestruz no resulta nada recomendable para los que aspiran a re-construir la teoría para justipreciar sus alcances y limitaciones con el objetivo de contribuir al esclarecimiento y la búsqueda de

orientaciones, para muchos que van perdido el rumbo con razones suficientes, pero sobre todo, saben muy bien que el que orienta el rumbo hacia la exaltación del neoliberalismo demuestra su ineficacia histórica al menos para los amplios sectores populares de los pueblos marginados, de los que ahora no escapan los de Europa del Este.

La crisis de toda teoría científica no puede ser apreciada como un exclusivo momento de debilidad o falsedad, sino como el momento alternativo para poner a prueba también la objetividad y la validez de sus tesis fundamentales; es el punto de decantación de lo transitorio y coyuntural, aunque también puede significar el momento agónico de la desaprobación de una teoría, que no encuentra sus defensores más argumentados. Tal es la empresa que debe comprometer a los empeñados en reivindicar no la teoría por la teoría o el marxismo por el marxismo, sino el hombre por su condición de humano que exige ser rehumanizado permanentemente y para ello solo hay una vía: la eliminación de las más diversas formas de explotación de uno por el otro.

La teoría marxista no es la primera vez que se pone a prueba y entra en fase de crisis, ni será la última. También la lógica formal aristotélica ha sido innumerables veces en la historia del pensamiento humano situada en la pi-cota por las nuevas y superiores formas del pensamiento entre las que se encuentran la propia lógica dialéctica. Sin embargo, jamás se ha podido prescindir ni se podrá prescindir del marxismo, no porque sea de Marx, porque la denominación gentilicia es secundaria cuando se trata de reivindicar una concepción dialectico-materialista del mundo, sino porque es científica y, sobre todo, porque es profundamente humanista. La historia se encargara de demostrarlo mejor cuando lo que termine no sea la historia sino la prehistoria humana.

La antitética de la razón pura de Kant no constituía un simple juego lógico de paradojas sino el ejercicio necesario de las ideas trascendentales. El socialismo es más que una idea, es un ideal trascendental y, por tal motivo, su cuestionamiento antinómico debería hacerlos replantear individualmente en la actualidad las mismas interrogantes que se formulo el incisivo filósofo de Konisberg.

"Todo interés de mi razón (lo mismo especulativo que práctico) está contenido en estas tres preguntas:

"1. ¿Qué puedo saber?

"2. ¿Qué debo hacer?

"3. ¿Qué me es permitido esperar?"

1 M. Kant: Critica de la razón pura, Editorial Pornia S.A., México, 1982, p. 349.